

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Usos públicos y producciones historiográficas sobre la guerra de Malvinas en la post dictadura argentina.

Lorenz, Federico G.

Cita:

Lorenz, Federico G. (2009). *Usos públicos y producciones historiográficas sobre la guerra de Malvinas en la post dictadura argentina. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1065>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Usos públicos y producciones historiográficas sobre la guerra de Malvinas en la post dictadura argentina.

Federico Guillermo Lorenz

A más de un cuarto de siglo de su final, la guerra de Malvinas constituye un hueco profundo tanto en el campo de la historia reciente como en el de los estudios sobre la memoria. Es llamativo que si en relación con el período de la dictadura y los años previos, venimos abriendo multitud de áreas y objetos interpretativos, esto no haya sucedido en relación con la guerra de 1982, un hecho que incidió drásticamente en el final anticipado de la dictadura militar y tuvo profundas consecuencias en la post dictadura.

En esta presentación me propongo, en primer lugar, describir los relatos públicos que ofrecieron y ofrecen vías para inscribir la guerra y a sus protagonistas en un relato público. Luego, caracterizar las formas en las que la producción académica ha abordado el conflicto, para por último proponer un catálogo de potenciales vías para la comprensión del pasado reciente que el conflicto bélico de 1982 entraña en su especificidad.

1. Relatos públicos sobre Malvinas¹

Desde el final de la guerra hay tres formas claramente identificables para referirse a Malvinas y a sus protagonistas, consolidadas en los primeros años de la democracia y reforzadas a lo largo de diferentes coyunturas históricas.

La primera, patriótica, inscribe la experiencia de los ex combatientes y la guerra en el discurso nacional construido desde finales del siglo XIX y fue impulsada sobre todo por las Fuerzas Armadas pero también los distintos gobiernos democráticos que se alternan desde 1983. Esta forma de leer la guerra la inscribe en la historia canónica oficial, en un registro semejante al de otros episodios bélicos de la historia nacional, y es altamente eficaz no solo porque diluye la conflictividad política del tema, sino porque el relato del fiasco bélico escapa al escenario de las disputas políticas para alcanzar el lugar de lo sagrado: la patria es

¹ Retomo en este apartado argumentos publicados en Federico Lorenz, “La necesidad de Malvinas”, en *Puentes*, marzo de 2002.

un espacio donde los conflictos internos no tienen lugar, habitado por los puros, los héroes que murieron por ella, que en el caso de Malvinas tanto son los civiles bajo bandera como los militares de carrera. Si unos y otros encarnaron los dos sectores simbólicos en los que se organizó la retórica política de los ochenta, la apelación a la patria diluye esa diferenciación. Se trata de una forma de narrar la Nación que fue eficaz para la construcción de numerosas identidades nacionales durante el siglo XIX y XX, que alimentó el imaginario de distintas fuerzas políticas conservadoras y revolucionarias en pugna, y que en un lento proceso de recuperación superó las críticas demoledoras hacia las Fuerzas Armadas (que monopolizan buena parte de la simbología de dicho discurso), para transformarse en la voz oficial del Estado. Este relato patriótico oblitera uno de los aspectos más controversiales que tiene Malvinas: el hecho de que la guerra fue planificada y conducida por las mismas Fuerzas Armadas, y en muchos casos por los mismos individuos que habían planificado y ejecutado la represión ilegal, caracterizada por sus actores y defensores como “guerra contra la subversión”. Las contradicciones que la guerra de Malvinas debería abrir a un discurso sin fisuras como este pueden ejemplificarse en el primer caído en la guerra, el capitán de la Infantería de Marina Pedro Edgardo Giachino, quien antes de morir en el asalto a la casa del gobernador británico había sido parte del Operativo Independencia e integrante también de los grupos de tareas. Su muerte, sin embargo, lo instala en el panteón de los héroes de la patria. ¿Es posible esta dualidad en un contexto histórico como el de la Argentina posdictatorial?

En segundo lugar, la derrota propició un discurso victimizador. Tuvo un amplio consenso, pues coincidía en líneas generales con la imagen de los jóvenes construida durante la transición a la democracia y a la vez con la visión autoexculpatoria que la sociedad buscaba construir de sí misma. En la difusión de las atrocidades de la represión ilegal, los jóvenes *víctimas* de la dictadura fueron una pieza central, complementada por la de *inocencia* de los crímenes que la represión les imputó: haber participado o simpatizado con la guerrilla.

El modelo de joven construido por las denuncias por violaciones a los derechos humanos fue el arquetipo en el que debieron encajar, a su vez, los ex soldados retornados de las islas. No obstante, sus experiencias eran muy distintas: no habían sido perseguidos, y habían actuado en un combate legitimado por sus conciudadanos, que ahora rechazaban la violencia en todas sus formas. La experiencia específica de la guerra, intensa aunque breve,

quedó desdibujada en el cúmulo de atrocidades perpetradas por la represión ilegal, y este marco interpretativo colocó a los soldados en el lugar de las víctimas de sus propios oficiales y de la improvisación de los altos mandos, en una analogía con la visión que la sociedad argentina construyó de sí misma, como víctima de sus Fuerzas Armadas.² De este modo, los soldados de Malvinas compartían el lugar protagónico que el discurso de la transición comenzaba a asignar a los civiles: víctimas del poder dictatorial, con el agregado de ser jóvenes, como las decenas que protagonizaban los relatos más atroces sobre la represión. Entraban, como víctimas, en un gran relato en el que pueblo argentino fue conducido a la guerra por la irresponsabilidad de los jefes militares en ejercicio del poder.

Los jóvenes ex soldados, a través de sus primeras agrupaciones, presentaron una serie de problemáticas reivindicaciones y reclamos en el contexto de la transición. Estas se sostenían en un discurso radical que abrevaba en las corrientes políticas nacionales y populares de los años previos a la dictadura, y en discursos revolucionarios de la izquierda marxista y peronista (y que habían sido combatidos por esta). Los ex soldados se definieron como una generación nacida a partir de la guerra, y a ésta como un episodio de la lucha anti imperialista de América Latina. Era un doble problema: el rechazo social a la violencia no dejaba margen ni para la reivindicación bélica ni para la revolucionaria, ambas asociadas tanto al Estado represor como a las organizaciones guerrilleras, los *dos demonios* funcionales a una necesidad bifronte: aquella que apuntaba tanto a satisfacer la necesidad de auto exculpación de la sociedad como la fundacional de la democracia. Ser jóvenes portadores de discursos radicales mientras la imagen pública era la de los inocentes, fue un cortocircuito con una voluntad social de olvido que los ex soldados padecieron duramente. Al mismo tiempo, la forma en la que las primeras organizaciones de ex combatientes reivindicaron su paso por la guerra, por lo menos en esos primeros años, los alejó de las Fuerzas Armadas, a las que denunciaron tanto por sus malos tratos e ineficacia como por su “entreguismo”. A diferencia de los oficiales de carrera, ellos podían –según uno de sus comunicados- vestir el uniforme con orgullo, ya que “usamos el uniforme porque somos

² Un paradigma de esto es la película *Los chicos de la guerra* (Bebe Kamín, 1984) que, a diferencia del libro homónimo de Daniel Kon –poblado de testimonios donde los jóvenes evocaban su participación activa en la guerra, priorizó los relatos sobre los abusos por parte de la propia oficialidad. La película *Iluminados por el fuego*, estrenada en 2005, retoma prácticamente sin modificación esos tópicos. *Locos de la bandera*, y la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas, evoca en cambio la guerra desde la perspectiva del modelo patriótico.

testimonio vivo de una generación que se lo puso para defender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar”.³

La inscripción que los ex combatientes hicieron de Malvinas en una historia de luchas populares fuertemente enraizada en la ideología de la izquierda nacional tampoco fue eficaz para ganarles un lugar en el contexto de la institucionalización democrática. De los tres modelos interpretativos para hablar acerca de la guerra, desde el punto de vista de su pervivencia, este último es el menos vigente. Aunque subsiste hoy en algunas agrupaciones, no resistió ni a la reconfiguración de las relaciones políticas de la década del ochenta ni a la atomización que ésta produjo entre los ex combatientes.

La crisis de Semana Santa de 1987 abrió las puertas a cambios en los discursos acerca de la guerra. Las palabras de Alfonsín en aquella ocasión acercaron a la guerra al imaginario militar, a partir de un reconocimiento a quienes volvían a abusar de las armas para plantear sus reivindicaciones. Desde ese momento, el Estado avanzó firmemente en la reubicación de Malvinas en la órbita de la historia patriótica nacional. Durante el menemismo, algunos ex soldados accedieron a espacios de poder y gestión a través de la Federación de Veteranos de Guerra, que les permitieron satisfacer algunas de sus reivindicaciones históricas. De este modo, el relato patriótico, en el largo plazo, terminaba siendo el hegemónico, aunque es bueno señalar la coexistencia de estas tres versiones de la guerra hasta el presente.

2. Historias de Malvinas

Fue en diálogo con estos relatos que la producción historiográfica sobre Malvinas se desarrolló. Sin embargo, desde junio de 1982 a la fecha parece existir una dificultad notable por tomar a la guerra de Malvinas como tema desde el campo académico, cuando no, directamente, aparece como un hueco interpretativo.

La raíz fundamental de dicha ausencia puede encontrarse en una convergencia de factores: el profundo impacto de la represión sobre la sociedad argentina (que condensó los sentidos sobre lo que había sucedido en las atrocidades de la dictadura), en la íntima asociación

³ Centro de Ex Combatientes de Malvinas, 1986.

entre la guerra de 1982 y la represión ilegal (lo que torna aún más inexplicable la omisión analítica), y en la voluntad refundacional que alentó muchos de los esfuerzos historiográficos de los años ochenta. Estos elementos, a la vez, son la matriz de muchas de las formas de hacer historia que desarrollamos en el presente, y definieron los campos temáticos aceptados en el proceso de profesionalización de la Historia.

Desde el punto de vista de muchos intelectuales, la transición a la democracia implicó desechar antiguas certezas y apropiarse, defender y sostener ideológicamente otras nuevas. Luis Alberto Romero describe las opciones que enfrentaron aquellos comprometidos con la restauración democrática:

Por entonces, los historiadores profesionales identificados con la civilidad se comportaron –nos comportamos- fundamentalmente como ciudadanos, confirmaron esta versión y se abstuvieron de plantear dudas. ¿Qué hubieran podido decir, siguiendo sus preferencias profesionales por el matiz y la relativización de las convicciones? Sólo verdades que resultarían molestas y negativas para el propósito del momento. Quizá, que el Proceso demonizado no era un bloque monolítico, y que estuvo desde el principio atravesado por poderosas disensiones, facciosas y de objetivos.⁴

Resulta evidente que en esta perspectiva, Malvinas justamente era un problema ambiguo por demás: los vínculos entre la sociedad y sus opresores emergían por todos lados, así como la amplia participación “ciudadana” en el hecho más público y de mayor consenso que había producido la dictadura militar. Por añadidura, concentraba muchos de los repertorios simbólicos e ideológicos centrales a la ideología castrense, tales como la Patria y los símbolos nacionales, en un contexto en el que era necesario custodiar a los custodios.

Cuestionar al sujeto y a su misión histórica –al fin, los elementos de una nueva versión teleológica- habría significado minar su confianza, y en las circunstancias de 1983 esto era una apuesta demasiado arriesgada. Los

⁴ Luis Alberto Romero, “Memorias de El Proceso y problemas de la democracia,” En *Lucha Armada en la Argentina*, Año 4, No. 10 (2008), 7-8.

historiadores profesionales integrantes de la civilidad obraron, en la ocasión, como ciudadanos comprometidos.⁵

Al actuar a favor de un sujeto incuestionable, era necesario también sostener –por acción u omisión- las genealogías de la nueva democracia en construcción. Fue por estos motivos que la lectura que primó sobre la guerra de Malvinas fue política: un manotazo de ahogado de la dictadura frente al creciente descrédito social que enfrentaba. De este modo era posible confinar los cuestionamientos a la democracia y los discursos más reaccionarios (se asumía, obviamente, que todo discurso sobre Malvinas lo era), y reforzó el esquema de la *teoría de los dos demonios*, pintando en el caso de la guerra a una sociedad víctima tanto del miedo como de la manipulación, o cómplice de la dictadura, a merced de las decisiones de la Junta. No obstante, esta visión funcionalista de la guerra de 1982 ignora las experiencias construidas en torno a esta. Puede explicar las motivaciones de la Junta Militar, pero no permite comprender cuestiones tan importantes como las causas de la adhesión social al desembarco, y tampoco decir algo sobre lo que sucedió después con Malvinas en el imaginario político de los actores.

Como consecuencia, en el caso de la guerra de Malvinas, se ha dado una doble naturalización: en primer lugar, la de la guerra como una maniobra política, despojada de toda especificidad (y por eso no es necesario volver a ella con nuevas preguntas). Luego, como consecuencia, el confinamiento del hecho bélico en ese lugar “automático” al punto de generar directamente su ausencia en el panorama general de los estudios sobre la dictadura.

En relación con la ausencia lisa y llana, tres ejemplos de la producción reciente: En el tomo de la prestigiosa colección *Memorias de la represión* destinado a las *Memorias militares de la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia*,⁶ la experiencia de la guerra de Malvinas, decisiva para las Fuerzas Armadas argentinas, no aparece tematizada. Y ese carácter decisivo no deviene sólo del obvio hecho de la guerra, sino que la imagen patriótica de la guerra fue el muro que utilizaron para enfrentar las denuncias y

⁵ Idem, p. 8

⁶ Eric Hershberg y Felipe Agüero (compiladores), *Memorias de la represión destinado a las Memorias militares de la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia*, Madrid – Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005. La colección es un resultado del ingente trabajo desplegado bajo un proyecto del Social Science Research Council.

críticas por las violaciones a los derechos humanos: es decir, un elemento constitutivo de las memorias de la represión que el volumen propone describir. Tampoco aparece la guerra de Malvinas como tema en el tomo correspondiente de la *Nueva Historia Argentina* editada por Sudamericana.⁷ Por último, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, de Marina Franco y Florencia Levín, exhibe la misma ausencia en un recorrido por lo que las compiladoras consideran “una mirada global que pretende abordar de manera sistemática e interrelacionada algunos aspectos esenciales para la investigación sobre el pasado cercano”.⁸

Ahora bien, los que lo hicieron ¿Cómo abordaron Malvinas?

a. Malvinas y la consolidación del sistema democrático

Para el historiador Luis Alberto Romero, en sintonía con sus reflexiones sobre el lugar de los historiadores en la consolidación de la democracia, la guerra de 1982 es un hecho complejo que permite, la posibilidad de discutir las características del nacionalismo de los argentinos:

Ubicada en la bisagra entre un régimen militar que empezaba a derrumbarse y un galopante proceso de democratización que siguió a la derrota, la guerra y su recuerdo contienen a la vez los lutos por tanta vida inútilmente sacrificada y los sonos alegres del renacer democrático. Más ambiguo es todavía el juicio acerca de los militares que condujeron a la Argentina a la guerra. En junio de 1982, la mayor parte de la sociedad los condenó. ¿Qué fue lo que hicieron mal: hacer la guerra, o simplemente perderla?⁹

Frente a esta pregunta Romero encuentra dos respuestas. Por un lado, la de aquellos que sosteniendo una noción territorialista y unánime de la Nación, privilegiaron la adhesión patriótica por sobre toda otra consideración. Para este grupo, “la guerra se justificó en la recuperación de un territorio sin el cual la nación estaba incompleta, amputada”:

Quienes se entusiasmaron con la guerra fueron muchos: allí estaban el 2 de abril, en la plaza, y allí estuvieron hasta el momento mismo del anuncio de la

⁷ Juan Suriano (director), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

⁸ Marina Franco y Florencia Levín, *Historia reciente*, p. 17. Buenos Aires, Paidós, 2007.

⁹ Luis Alberto Romero, “Malvinas, un balance”, en *La Nación*, 31 de marzo de 2002.

derrota, cuando la solidaridad con lo que se consideraba una causa justa se trocó en furia e indignación. Se responsabilizó a los militares por su aventurerismo, por conducir mal una empresa sustancialmente justa. Poco importaron los crímenes de la dictadura, que empezaban a hacerse públicos. Quien más, quien menos, la mayoría pensó que la victoria era posible, y que tras ella se abría una nueva etapa para la Argentina, de plena realización de su nacionalidad.

Frente al nacionalismo territorialista, Romero construye otro nacionalismo posible, al que equipara con la crítica o la condena a la guerra:

Por otra parte, quienes cuestionaron la guerra partían de otra idea de nación. Se trata de una nacionalidad pluralista y tolerante de la diversidad, adecuada para el estado democrático que se quería construir. Según esta concepción, lo esencial de la nación no es el territorio sino el pueblo, el conjunto de hombres de buena voluntad, sin distinción de raza, credo, lengua o cultura, que quieren vivir bajo la Constitución, asumir sus obligaciones y ejercer sus derechos. Nada hay de esencial en esta unión voluntaria, en este contrato político renovable y modificable, en eso que Renan llamó el "plebiscito cotidiano".

La principal objeción que se le puede hacer al esquema que propone es que es más propia del mundo de las ideas posterior a la guerra que un elemento que fuera parte del bagaje cultural de los actores políticos relevantes a principios de la década del ochenta, es decir, los que tanto tomaron las decisiones como actuaron la guerra. Para Romero el nacionalismo territorialista es un peligro latente, que opone lisa y llanamente a la democracia. En ese sentido, Malvinas funciona como una advertencia contra las fáciles tentaciones de las invocaciones a la unidad nacional y a la vez, como caballo de Troya para el regreso del fascismo:

Nuevas discusiones políticas recuerdan que el viejo nacionalismo, soberbio y paranoico, todavía puede dar buenos réditos políticos a corto plazo. Es posible

apelar a otros temas en lugar de las Malvinas, convocar a la "causa nacional" contra el enemigo externo y arrasar de paso con las diferencias internas, las opiniones de los otros, el debate racional. Algunos ecos se escuchan en la manera de tratar la cuestión de la deuda externa, y no faltará quien se ilusione con otra plaza aclamante, olvidando que después del 2 de abril vino el 15 de junio (*sic*). La vieja cultura nacionalista, propia de tiempos no democráticos, no ha sido completamente revisada. No es difícil hacer salir de la lámpara al enano nacionalista. Lo difícil es lograr que vuelva a ella.

Esta preocupación es la que orienta el análisis del apoyo a la guerra que Romero desarrolla en su *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*:

El gobierno militar había obtenido una cabal victoria política al identificarse con una reivindicación de la sociedad que arraigaba en un profundo sentimiento, alimentado por una tradicional cultura política nacionalista y antiimperialista, que ya parecía archivada pero resurgió vigorosamente. También había captado las formas pueriles y superficiales en que esos sentimientos se manifestaban, el torpe chauvinismo con que se mezclaba, así como el fácil triunfalismo y el belicismo acrítico – fue sorprendente que prácticamente nadie discutiera la licitud de los medios-, revelador de una desintegración de convicciones políticas que otrora había sido más sólidas y profundas.¹⁰

En esta descripción, la reacción social ante el desembarco es automática. Pero ¿era posible, en el contexto de 1982, un espacio públicamente visible para discutir la “licitud” de los medios?

En un artículo publicado dos décadas después de la guerra, Romero mantiene esta línea argumental. Establece una división tajante entre quienes eran convencidos pacifistas y democráticos, y quienes por lo menos no se cuestionaban la idea de determinadas formas de

¹⁰ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2003, p. 232.

violencia instrumental: *¿Cuántos eran los que repudiaban la guerra y la violencia por principio? Creo que pocos. ¿Cuántos habrían justificado, en nombre de la victoria, los crímenes anteriores? Creo que muchos.*¹¹

Se trata de una reducción que refleja el clima de ideas de los ochenta aún vigente en muchos investigadores: asocia un hipotético júbilo por una victoria en Malvinas con una justificación de las violaciones a los derechos humanos. De este modo, cualquier intento de aproximación crítico a la guerra de 1982 es leído como una reivindicación de la dictadura, y, por añadidura, de lo peor del nacionalismo.

Marcos Novaro y Vicente Palermo, sociólogos y doctores en Filosofía y Ciencias Políticas respectivamente, han incluido la guerra de Malvinas en el marco de su historia general de la dictadura. Su mirada acerca del consenso que tuvo el desembarco coincide con la de Romero. Para estos autores, “la causa de las Malvinas pasó el test, el respaldo de los argentinos estaba más allá del bien y del mal de quienes las recuperara”.¹² También leen la guerra en clave de política interna, ya que “aunque la toma de Malvinas en modo alguno puede considerarse un mero expediente improvisado por el régimen para eludir los problemas que tenía delante, intercambiable por cualquier otra cosa, era inocultable que no sólo la decisión, sino muchos detalles del operativo, atendían a los intereses domésticos del Proceso”.¹³

Una de las evidencias de la fuerza del modelo de los ochenta es sin duda el alto grado de generalidad que campea en las escasas producciones académicas sobre la guerra. El trabajo de Novaro y Palermo ofrece dos buenos ejemplos de esto. El escaso recurso a la investigación propia y el apego a los modelos ideológicos que se busca sostener producen afirmaciones que un pequeño recorrido por trabajos ya editados habría permitido evitar. Un ejemplo de esto es la experiencia de la guerra. Los autores califican como absurda la caracterización de la vida cotidiana de los infantes en Malvinas como similar a la de la Gran Guerra:

¹¹ *Una pregunta insoslayable*, Luis Alberto Romero, *Puentes*, julio 2002, p. 9.

¹² Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 349.

¹³ *Idem*, p. 348.

Para la mayoría, la vida cotidiana entre abril y mediados de junio estuvo marcada por la forma específica que tomó el enfrentamiento para los efectivos argentinos: una guerra de trincheras, que es absurdo equiparar, como habitualmente se hace, con la Primera Guerra Mundial, dado que del otro lado había un enemigo móvil en cielo, mar y tierra, y cuyo contacto con tierra fue limitado en el tiempo y de rápidos desplazamientos. Trincheras en las que las horas transcurrían con la lentitud de la inacción, el frío, el hambre y la exasperante espera del comienzo del ataque inglés.¹⁴

Desde el punto de vista de la experiencia de los soldados *argentinos*, la comparación es válida: sufrieron el hecho de enfrentar a un ejército de primer orden formando parte de otro condenado a combatir como hacía sesenta años. Si bien el conflicto fue entre una potencia de primer orden y un país tecnológica y -desde el punto de vista militar- doctrinariamente atrasado, las situaciones de vida enfrentadas por los soldados argentinos pueden ser comparadas y asociadas a las de las trincheras del Frente Occidental. Así lo consideran dos protagonistas calificados de la época en sendos trabajos publicados y que tuvieron amplia circulación. Para Martín Balza, jefe del Grupo de Artillería 3, “era una defensa estática, por entero carente de la más mínima movilidad, propia de la Primera Guerra Mundial”.¹⁵ Para Carlos Robacio, comandante del BIM 5, “para nosotros era hacer la guerra de 1914 (estrictamente fija y a pie) contra fuerzas que estaban armadas y adiestradas para hacer lo que correspondía a 1982, con todos sus adelantos”.¹⁶

No es este un ejemplo aislado que muestra el peso de la matriz conceptual de los ochenta. En relación con los grupos de padres de caídos y desaparecidos en Malvinas, Novaro y Palermo afirman: “El hecho de que no se repitieran protestas ni movilizaciones tras la rendición, y de que no surgiera en torno a los muertos de Malvinas un movimiento como el suscitado por las desapariciones no puede ser atribuido exclusivamente a la evidencia inapelable de la derrota y la muerte. No surgió después del 14 de junio, principalmente, porque no había surgido antes; porque las familias, aunque con dolor y angustias, dejaron ir

¹⁴ Novaro y Palermo, op. cit., p. 452.

¹⁵ Martín Balza, *Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida, 2003, p. 134.

¹⁶ Carlos Robacio, *Desde el frente. Batallón de Infantería de Marina N° 5*, Buenos Aires, Solaris, 1996, p. 65.

a sus hijos a la guerra sustraídas esta vez no por la fuerza brutal del terror estatal sino por la autoridad política y la misión nacional que le reconocían al Estado que los convocaba”.¹⁷

Sin embargo, la investigación les hubiera permitido saber que hubo gran cantidad de movilizaciones y organizaciones, aún durante la guerra e inmediatamente después, contruidos a partir del mismo origen, y sobre la base de la misma legitimidad, que los del movimiento de los derechos humanos en la Argentina: el ser afectados por la violencia descargada sobre los hijos. Una valoración como la precedente descuida reponer el contexto de época. Si bien es cierto que son padres que “dejaron ir a sus hijos a la guerra”, deberíamos preguntarnos cuáles eran las posibilidades reales de oponerse a que los hijos marcharan a combatir. Históricamente, la escasa visibilidad de los padres de Malvinas debe buscarse, más bien, en una mancha de origen que tenía su legitimidad para reclamar: se trataba de muertos en una guerra conducida por una dictadura militar que, gracias a la derrota en Malvinas, comenzaba a ser repudiada socialmente.

b. Malvinas como metáfora de la familia nacional

La antropóloga Rosana Guber identifica¹⁸ tres sentidos fundamentales para el archipiélago: las islas, la causa y la guerra, reemplazables por “nación”, “historia” y “memoria” respectivamente,¹⁹ y de los cuales los argentinos han hecho distintos usos a lo largo de su historia. De este modo, elude el problema de reducir la discusión sobre la presencia del archipiélago en la cultura argentina a la “territorialidad” del nacionalismo, ya que en su análisis Malvinas, más que un territorio en disputa, es una metáfora de la Argentina.

Este conjunto de imágenes asociadas a Malvinas, explican el apoyo que distintos sectores sociales dieron a la recuperación transitoria del 2 de abril. Pero además, mediante la noción de parentesco, Guber analiza el impacto de la guerra en la comunidad argentina concebida como una familia, para explicar la inclusión de los ciudadanos en una “causa nacional” a través del linaje de la sangre y el trato dispensado a los “jóvenes – hijos” tras la derrota:

¹⁷ Novaro y Palermo, op. cit., p. 464.

¹⁸ Rosana Guber, *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, FCE, 2001, y *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Antropofagia, 2004.

¹⁹ Guber, *¿Por qué Malvinas?*, p. 159.

El parentesco filial dio sentido a la Nación, y la Nación se integró a partir de la filiación, reconstruyendo a la sociedad civil a través del Estado (las remesas para los hijos, hermanos y nietos) y en contra de él (“Galtieri, borracho, mataste a los muchachos”). Las razones por las cuales los lazos de filiación anclaron a la nación en los sentimientos y demandas de los argentinos siguen pendientes de investigación.²⁰

En *De chicos a veteranos*. Guber se concentra en la conformación de la identidad de los ex soldados, a quienes califica de “sujeto nacional ausente”, como una forma de responder a la pregunta más general acerca de indagar “cómo incidió Malvinas en nuestro sentido de comunidad y de continuidad histórica”.²¹ En su análisis, la identidad del grupo es liminal “porque no está encuadrada en el sistema clasificatorio con que opera el sentido común de los argentinos”.²²

Desafiando el sistema de clasificación corriente de los argentinos, todas las partes que contribuyeron a forjar la identidad de los ex soldados de Malvinas coincidían en que estos no eran ni adultos ni niños, ni militares ni civiles, ni de la derecha ni de la izquierda, ni de la dictadura ni de la democracia. Es decir: todos coincidían en atribuirles una condición liminal o marginal, tanto en el desarrollo del ciclo vital, como en el ámbito institucional. Sin embargo, esta identidad liminal de reintegración pendiente no se presentaba como resultado de un conflicto internacional sino entre argentinos.²³

Sin embargo, la parte débil del análisis es la imagen estática de las representaciones sobre los ex combatientes. Desde principios de la década del noventa, por ejemplo, el lugar ambiguo e innominado desde el que se ubican los ex soldados ha adquirido formas concretas y más tradicionales. La liminalidad no fue exclusiva de los ex combatientes, sino también, por ejemplo, de los militantes políticos en tanto tales, es decir, la discusión

²⁰ Idem, p. 171.

²¹ Guber, *De chicos a veteranos*, p. 14.

²² Idem, p. 15.

²³ Idem, p. 227.

política de la post dictadura llevó, más que a una indefinición, a una alternancia en diferentes lugares simbólicos.

El proceso identitario descrito por Guber como pasaje de “chicos a veteranos sin pasar por la adultez”²⁴ merece complementarse con otras consideraciones históricas. En realidad debería pensarse que la liminalidad deviene de que los jóvenes ex soldados *fueron todas esas cosas al mismo tiempo*, en determinadas coyunturas, o en distintos momentos predominó una de ellas por sobre las demás. No obstante, aún cuestionando la idea de “liminalidad”, lo que indudablemente ha favorecido dicha heterogeneidad de miradas (más allá de lógicas posturas sectoriales o experienciales) es el hecho central de que “la identidad liminal de los ex soldados es el fruto de los trabajos sobre la memoria que han encarado los argentinos con su guerra. Esos trabajos presentan a Malvinas como una confrontación cívico militar mucho más parecida al terrorismo estatal que a una guerra internacional”.²⁵

c. Malvinas como guerra dentro de la dictadura

En las lecturas de Romero y de Novaro y Palermo, la guerra de 1982 es un hecho político orientado a explicar el lugar que la dictadura militar asignó al desembarco y posterior enfrentamiento bélico, y las características del nacionalismo argentino, ambos elementos analizados y medidos desde la perspectiva de la construcción democrática. En el caso de Guber, el interés está puesto en las construcciones identitarias pre y post Malvinas.

El lugar común a las tres perspectivas es la ausencia del objeto central: la guerra de 1982. No se piensa a *la guerra como guerra* , porque en los caminos analíticos descriptos o se la estudia como un aspecto más de las formas de hacer política de la dictadura militar o se la deshistoriza al prestar atención a estructuras como los lazos de parentesco o la idea de liminalidad.

Una aproximación a la especificidad de la guerra en la dictadura aparece en la obra de Hugo Vezzetti, que en *Pasado y presente* propone “describir y analizar modos y formas de recuperación de las relaciones de la sociedad con la dictadura a partir del ocaso del régimen

²⁴ Idem, p. 29.

²⁵ Ibidem.

militar,”²⁶ enfocando particularmente en los discursos en torno de la guerra. Pero aunque el subtítulo de la obra es *guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, el lugar que la *guerra del Atlántico Sur* tiene en el análisis de Vezzetti es marginal: son unas pocas páginas como parte de una obra mayor en la que analíticamente toma la idea del terrorismo de Estado como guerra y sus implicancias en la elaboración de las memorias de la dictadura. Pero en un análisis sobre la incidencia de la noción –y la experiencia- de la guerra en la sociedad argentina, el único conflicto bélico librado por este país en el siglo XX cumple la mera función de abrir al debate la “otra guerra”, la que para Vezzetti es definitoria para las formas de pensar el pasado reciente, sin duda porque el terrorismo central es la máxima herida, pero también, como señalé, porque la fuerza del acontecimiento absorbió la otra guerra, la de Malvinas:

Para el tema que nos ocupa, la inversión del humor colectivo que rechazó la guerra y se indignó con la torpe irresponsabilidad de sus ejecutores, arrastró también un decisivo cambio en la significación de la otra guerra, contra la subversión, que perdió todo consenso con la sociedad. Los señores de la guerra empezaban a ser empujados al banquillo de los acusados y el reclamo por las víctimas comenzaba por el de los soldados conscriptos arrastrados a la muerte en el sur.²⁷

El autor señala que ha sido la represión ilegal la que ha configurado las formas en que la sociedad explica y relata el pasado reciente. Pero esta marca ha producido que, al incluir la guerra de Malvinas y sus consecuencias, ambas queden subsumidas en esa explicación más amplia. Si algo es criticable del enfoque en relación con Malvinas, es que acaso centrado en su objeto mayor (la violencia estatal) abandona caminos especialmente fructíferos que él mismo identifica: “En este examen de las significaciones de la guerra en la dictadura y en la sociedad no puede faltar una consideración, así sea abreviada, de la contienda de las

²⁶ Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina, 2002, p. 12.

²⁷ *Idem*, p. 95.

Malvinas”.²⁸ Si bien sostiene la línea argumental de la guerra como búsqueda de consenso, su análisis permite ir más allá: “Lo que interesa destacar es que el tópico de la guerra se proponía así como el componente dominante de la entera narración que la dictadura pretendía ofrecer de sí misma”.²⁹

En la potencialidad de desglosar ese argumento en una serie de preguntas de investigación radica el mayor aporte de centrar el análisis en la experiencia de la guerra para analizar la sociedad argentina antes, durante y después del terrorismo de Estado.

e. Malvinas como ampliación de los estudios sobre la dictadura

En trabajos anteriores³⁰ he intentado llamar la atención hacia estos huecos y limitaciones de aproximación, mediante la historización de las disputas simbólicas sobre Malvinas desde las vísperas de la guerra hasta el presente. Me preocupaba destacar, fundamentalmente, la escasa autonomía de los enfoques sobre Malvinas en relación con el marco más amplio de la dictadura, y a la vez las vías analíticas para el período en general que potencialmente abriría desmontar esta construcción conceptual.

La subsunción de “Malvinas” en “la dictadura” no implica autonomizar ambos campos hasta desprenderlos de todo lazo (que es tanto la operación del discurso patriótico como de algunas investigaciones sobre “la dictadura”), sino todo lo contrario: al reforzar el objeto “guerra de Malvinas” dándole precisión, las explicaciones sobre la dictadura ganarían en complejidad.

Lo que sigue son algunas observaciones y propuestas en base a investigaciones actualmente en curso:

- a) Malvinas se presenta como particularmente fructífera a la hora de estudiar dos aspectos que en forma creciente comienzan a ser abordados en el estudio del pasado: la vida cotidiana y las historias locales de la dictadura. Al respecto, la

²⁸ Idem, p. 93.

²⁹ Idem, p. 94.

³⁰ Remito al lector a Federico Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006 y *Fantasmas de Malvinas. Un libro de viajes*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2008.

guerra de 1982 aparece como un hecho de significación e impacto nacional que fue vivido en formas muy diferentes según el lugar del país. Por caso, la población patagónica, que vivió esos días *dentro* del Teatro de Operaciones de la guerra.³¹ Al mismo tiempo, otras regiones, como el NEA, presentan experiencias y memorias de la guerra con fortísimas improntas locales: con el 10% de la población nacional, proveyeron el 30% de los contingentes movilizados. Las experiencias son muy dispares entre un regimiento típicamente urbano como el 7 (La Plata) y unidades como el regimiento 4 (Monte Caseros, Corrientes). Asimismo, buena parte de las unidades destinadas en Malvinas tenían relaciones muy profundas con las comunidades que les servían de base, y de algún modo, cuando marcharon a la guerra, las localidades lo hicieron también. Estudios regionales matizarían visiones muy totalizadoras sobre la guerra.

b) En relación con esto, carecemos por diversos motivos de estudios sobre la vida cotidiana de los isleños sobre la guerra. En mi trabajo en curso, con fueguinos continentales durante Malvinas, emergen tópicos de la época que despiertan resonancias con la vida de los kelpers durante el conflicto, que hablan de una *ocupación*.

c) Carecemos prácticamente de estudios de caso desde el campo académico sobre la experiencia de la guerra, aunque investigaciones como la realizada por Andrea Rodríguez para su tesina de grado, sobre la vida cotidiana de los soldados y oficiales destinados al Apostadero Naval Malvinas son esperanzadoras: la multitud de relaciones construidas en tiempos de guerra, su perduración o modificaciones durante la posguerra o en el día a día de la guerra ofrecen otras tantas entradas a la reconstrucción del clima cultural y político de la época.

d) Más ampliamente, lo que revela la riqueza de aproximaciones como las de Rodríguez es la necesidad de reinstalar el tópico de la guerra para analizar el pasado reciente. Si hace casi tres décadas se lo confinó tanto por motivos epistemológicos como por necesidades políticas, esta ceguera no es sostenible hoy.

³¹ Federico Lorenz, “Otras marcas. Guerra y memoria en una localidad del Sur argentino (1978-1982)”, en prensa.

e) El estudio de las organizaciones de ex combatientes ofrece un campo privilegiado para analizar el campo de las luchas políticas durante los primeros años de la post dictadura, en particular en el terreno del lugar de los jóvenes en la política, los vínculos entre estas organizaciones, las juventudes políticas y los organismos de derechos humanos, y más ampliamente, la continuidad y reformulaciones de las propuestas emancipatorias de los años setenta durante los ochenta.

f) Nos falta una historia social de una de las instituciones constitutivas del Estado y la sociedad argentina modernas: el servicio militar obligatorio. Los soldados conscriptos desempeñaron un importante papel durante las luchas política facciosas de la segunda mitad del siglo XX. Varios cuarteles fueron atacados durante la guerrilla, conscriptos participaban en controles callejeros y operativos en fábricas; fueron movilizados por decenas de miles en el año 1978, en la eventualidad de una guerra con Chile, como prolegómeno del estallido de la guerra con Gran Bretaña.

g) El estudio de la experiencia de la guerra protagonizada por los conscriptos es la posibilidad de reconstrucción histórica de la vida cotidiana de los jóvenes en los años ochenta, a una escala nacional, estimulada por un hecho límite como la guerra. Las formas de aproximación son diversas y exceden la elaboración de entrevistas. Al respecto, Malvinas constituye probablemente la última guerra reflejada epistolariamente a una escala importante.³²

h) El estudio de la guerra de Malvinas es también una posibilidad de elaborar estudios sistemáticos sobre las experiencias que sobre el período –Malvinas, pero también la represión y los setenta- elaboraron los integrantes de las Fuerzas Armadas. Se abre aquí un campo muy vasto en el que también será posible, en la especificidad de la vida militar, analizar los elementos compartidos entre los jóvenes militarizados por el servicio obligatorio y los miembros regulares de las fuerzas, así como estudiar cómo dichas cuestiones fueron puestas a prueba por la guerra.

³² “Es hora que sepan”. La correspondencia de la Guerra de Malvinas: Otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982. En *Revista Páginas*, revista digital de la Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, N° 1, mayo-agosto 2008: www.revistapaginas.com.ar, y *La batalla de los ratones*. En prensa.

- i) En relación con esto, el estudio de la guerra de Malvinas es una forma de analizar en profundidad las ideas de nación y patria subyacentes tanto a ese episodio como al terrorismo de Estado, puestas en crisis por la derrota.
- j) Malvinas permitiría explorar formas de oposición a la dictadura, que las hubo, yendo desde la distribución de documentos y concentraciones como el hecho individual de las deserciones.
- k) Si bien existe una amplia producción bibliográfica sobre Malvinas, en primer lugar esta no forma parte de lo que podríamos llamar “el repertorio” de los estudios del pasado reciente, en muchos casos por las mismas limitaciones por las que la guerra no aparece como objeto. Pero más ampliamente, el problema de los archivos es uno de los más acuciantes en relación con Malvinas. El acceso a documentos y fuentes no escapa a las generales de la ley de aquellos investigadores que bucean en otros aspectos del pasado reciente: en manos de particulares o de asociaciones de ex combatientes, o perdidos, sufren de la ausencia de políticas estatales al respecto y, al mismo tiempo, esta situación se agrava por el hecho de que la guerra de 1982 no es un tema de la agenda. Una notable excepción es el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, que desarrolla un programa sistemático de recopilación de testimonios de ex combatientes. La constitución de un archivo y centro de documentación es una de las iniciativas estratégicas en relación con el tema de Malvinas.

Un trabajo sistemático sobre estos ejes como parte de un proyecto colectivo –y seguramente otros que escapan a mi propuesta (necesariamente incompleta)- aportaría no sólo a un mejor conocimiento de la experiencia histórica de la guerra de Malvinas, sino a la profundización de nuestra comprensión sobre los años de la dictadura, a sus dimensiones regionales, locales y humanas.